

Franz J. Hinkelammert

EL MERCADO COMO SISTEMA AUTORREGULADO Y LA CRITICA DE MARX

El artículo pretende ubicar el pensamiento de Marx en la línea de determinadas corrientes del pensamiento económico, a las cuales contesta su crítica y que, por su parte, la contestan a ella. Se trata del "capitalismo salvaje", como fue expresado por Adam Smith antes de Marx y como vuelve, después de la Segunda Guerra Mundial, en el pensamiento neo-liberal que domina la política económica de las décadas de los 70 y 80. Se trata de un pensamiento económico que reniega de derechos humanos concretos, dejando al mercado la función de escoger no solamente la producción de bienes y servicios, sino igualmente de los seres humanos. Frente a esta concepción del mercado como sistema autorregulado aparece la reacción de Marx, quien sostiene que este sistema económico, al producir riquezas como nunca las ha producido ningún otro, destruye las fuentes de la producción de las riquezas -el hombre y la naturaleza- de una manera tal que no parece evitable un cambio profundo.

EN LAS PAGINAS siguientes vamos a analizar el pensamiento de Marx en un sentido estrictamente científico. Hoy esta discusión es más fácil de lo que habría sido hace 20 o 30 años. La crítica que Marx hace al capitalismo, pasa por una crítica de los pensadores de la economía política clásica burguesa, en especial de

Adam Smith. Hace 30 años, la teoría económica burguesa había descartado a Adam Smith en muchos sentidos. No se refería a él, sino a una tradición, en la cual figuran pensadores como John Stewart Mill, Marshall y Keynes, que sostienen el capitalismo reformista de fines del siglo XIX hasta los años 60 del siglo XX. Marshall y Keynes vivieron después de Marx, así que a Marx se lo descartaba por falta de actualidad. Esta situación ha cambiado. La teoría económica actual ya no habla en términos ni de Marshall ni de Keynes, sino que ha vuelto a inspirarse en el capitalismo desnudo del siglo XVIII. Por tanto, descartó a aquellos, y hace resurgir precisamente el pensamiento de Adam Smith, que es el punto de partida de la crítica del capitalismo de Marx. Por eso conviene empezar con la teoría del capitalismo de Adam Smith y su presencia en el mundo burgués de hoy.

LA ARMONIA DE ADAM SMITH

Adam Smith describe la sociedad burguesa mediante un gran mito utópico, el mito del mercado. El mercado es para él la gran síntesis humana, buscada por toda la historia, entre el interés propio de cada uno de los seres humanos y el interés público, o interés general, el interés de todos. Comportándose el hombre en mercados, su persecución del interés propio asegura automáticamente el interés común de todos. El mercado es una estructura maravillosa, que le quita al hombre toda responsabilidad por el resultado concreto de sus actos, porque automáticamente asegura que este resultado sea directa o indirectamente de provecho para todos. Cuanto menos el hombre se preocupa de los otros y de su suerte, mejor asegura a los otros las condiciones humanas de su vida. Se constituye toda una dialéctica de los contrarios que por primera vez la había descrito Mandeville anteriormente como vicios privados, virtudes públicas. Adam Smith da a esta percepción de Mandeville su cuerpo teórico.¹

La ética social es sustituida por una técnica. Para cumplir con lo que las sociedades anteriores pensaban como ética, la burguesía ahora suplanta una simple técnica: imponer mercados.

Por eso esta burguesía ya no hace política tampoco. ¿Para qué política, si hay un medio técnico que por su propia inercia asegura infaliblemente lo que la ética y la política anteriormente apuntaban ilusoriamente?²² La burguesía se siente iluminada con la fórmula matemática y técnica en las manos que permite llegar calculadamente a lo que otros antes de ella querrían llegar ilusoriamente. Los valores de la propiedad privada y del cumplimiento de contratos se transforman en esta estructura mágica en tanto cumple como estructura, automáticamente, con todos los sueños de la humanidad. La destrucción del hombre, que la burguesía lleva a cabo, es ahora vista como su verdadera salvación. La historia del colonialismo, de la esclavitud cristiana y liberal -el imperio de esclavos mayor de toda la historia humana- los fascismos del siglo XX y las dictaduras de la Seguridad Nacional se cuentan entre las consecuencias que tiene esta visión pretendidamente vivífica de la sociedad.

Aparece un egoísmo que moralmente se entiende precisamente como lo contrario: preocupación realista por la suerte del otro. Por eso la burguesía no entiende el reproche del egoísmo: para ella, la persecución del interés propio es la promoción de todos los otros y sería dañino preguntar por los efectos concretos que la acción tiene sobre el otro. El burgués, al perseguir exclusivamente su interés propio, está completamente convencido de que está persiguiendo la salvación del otro. El cree en la identidad de todos los intereses a través del mercado.

La división social del trabajo aparece como un sistema de cálculos del interés propio que no admite ninguna corrección. Hay una convicción ingenua de que un mecanismo de este tipo es benevolente simplemente en cuanto estructura. Ciertamente, nadie duda que en una división social del trabajo aparecen y tienen que aparecer estos cálculos del interés propio. Sin embargo, la teoría de la armonía nos llama a no admitir ni una sola referencia diferente. Todo tiene que reducirse a este cálculo del interés propio, mientras sólo la ideología del mercado vigila por el interés ajeno. Uno es servidor del otro, y la ganancia que logra es medida cuantitativa de la eficacia de este servicio. El mercado parece ser un simple ámbito de servicios, en el

cual el interés propio impulsa a cada uno a servir al otro lo más y lo mejor posible.³ El mercado es *societas perfecta*, que nunca tiene la culpa, pero frente a la cual todos son culpables. Sustituye a la iglesia de la Edad Media en esta posición.

Sin embargo, esta teoría de la armonía del mercado va acompañada por un tenebroso realismo. No sostiene que a todos les va bien en los mercados. Al contrario, vincula el mercado con un silencioso, cotidiano genocidio. Lo que celebra en cuanto al mercado es que éste es capaz de eliminar a todos los hombres que no tengan la capacidad o iniciativa para imponerse. En el mercado sólo sobreviven los más aptos, los otros perecen. El mercado es un sistema de competencia, en el cual no solamente se decide sobre los productos y su producción, sino igualmente sobre los productores y su vida. La armonía no sólo es de la oferta y demanda de productos, sino igualmente de los productores. El mercado es un señor sobre vida y muerte:

"En una sociedad civil, sólo entre las gentes de inferior clase del pueblo puede la escasez de alimentos poner límite a la multiplicación de la especie humana, y esto no puede verificarse de otro modo que destruyendo aquella escasez una gran parte de los hijos que producen sus fecundos matrimonios... Así es cómo *la escasez de hombres, al modo de las mercaderías, regula necesariamente la producción de la especie humana*: la aviva cuando va lenta y la contiene cuando se aviva demasiado. Esta misma demanda de hombres, o la solicitud y la busca de las manos trabajadoras que hacen falta para el trabajo, es la que regula y determina el estado de propagación, en el orden civil, en todos los países del mundo..."⁴

La armonía de Adam Smith no es armónica para todos. Funciona solamente para una clase social. Es clasista y celebra una lucha de clases desde arriba, que la burguesía lleva a cabo desde el siglo XVIII. Sirviéndose unos a otros, se elimina a aquellos que no logran ofrecer un servicio que les permita vivir. Sin embargo, su muerte es un logro de interés general y bien común, un sacrificio necesario para que el conjunto se desarrolle para el bien de todos. El individualismo desemboca en un colectivismo cínico sin límites.

Se trata de una visión del mundo que nos puede explicar adecuadamente el capitalismo del siglo XVIII y de una gran parte del siglo XIX. Hay ciertos cambios a partir de fines del siglo XIX, que impregnan el sistema capitalista hasta los años setenta del siglo XX. Sin embargo, en estos años setenta ocurre un cambio y los años ochenta atestiguan la vuelta de un capitalismo que otra vez puede ser interpretado adecuadamente por la visión del mundo de Adam Smith. Eso precisamente explica por qué hoy Adam Smith de nuevo es considerado el clásico principal del pensamiento económico.

Hoy encontramos la misma visión del mundo que habíamos encontrado en Adam Smith en autores como por ejemplo Hayek, cuando dice:

"Una sociedad libre requiere de ciertas morales que en última instancia se reducen a la mantención de vidas: *no a la mantención de todas las vidas*, porque podría ser necesario *sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas*. Por lo tanto, las únicas reglas morales son las que llevan al 'cálculo de vidas': la propiedad y el contrato".⁵

Tenemos el mismo argumento: el sacrificio de vidas humanas es necesario en pos del interés general, expresado esta vez por Hayek como preservación de un número mayor de vidas. La expresión es vacía y mítica.

LA CRITICA DE MARX: EL MERCADO COMO SISTEMA AUTORREGULADO

La crítica de Marx a Adam Smith, sin embargo, no se limita a la afirmación de derechos humanos frente a tal sistema de automatismo estructural. Marx asume el mismo método científico de Smith, para llevarlo a consecuencias que Smith no previó.

Por eso, Marx acepta que el mercado sea un sistema autorregulado que produce exactamente el tipo de armonía que Smith le imputa. Sin embargo, Marx busca las explicaciones y las

razones. Describe este tipo de autorregulación por una característica central:

*"En la división de trabajo del taller, la cantidad proporcional que primero da la práctica y luego la reflexión, gobierna a priori, como una regla, la masa de obreros asignada a cada función específica. En la división social del trabajo sólo actúa a posteriori, como necesidad fatal, oculta, muda, perceptible nada más que en las variaciones barométricas de los precios de mercado, que se impone y domina por medio de catástrofes el capricho arbitrario de los productores de mercancías."*⁶

Según Marx, el equilibrio resultante es un "equilibrio por el desequilibrio", un equilibrio que resulta únicamente por reacciones de los actores a desequilibrios del mercado. Es un equilibrio que presupone la existencia de desequilibrios y jamás los puede eliminar.

Esta es la razón que hace que el proceso de producción sea un "martirio del productor". El mercado no puede dejar de producir este martirio, porque sin él no podría producir el equilibrio de la armonía de Adam Smith.

Marx denuncia por tanto al mercado como un automatismo mortal para una clase productora que está continuamente amenazada por la muerte. Una muerte que se produce efectivamente, para una parte de los productores, de manera constante.

Esta muerte es condición de la eficacia del mercado. Marx la ve no sólo como muerte efectiva de personas, sino que extiende la problemática. El mercado, al escoger a los muertos, subvierte las propias fuentes de la productividad, sobre la cual se fundamenta su eficacia. Este efecto del mercado lleva a subvertirlo como un efecto no-intencional de la acción de sus participantes. Al producir mucho y siempre más, socavan las bases propias de su productividad: al hombre y a la naturaleza:

"En la agricultura, lo mismo que en la manufactura, la transformación capitalista de la producción parece no ser otra cosa que el martirologio del productor; el medio de trabajo, apenas la forma de domar, explotar y empobrecer al trabajador; la combinación social del trabajo, la opresión organizada de su vitalidad, su libertad y su

independencia individuales. La dispersión de los trabajadores agrícolas en superficies más extensas quiebra su fuerza de resistencia, en tanto que la concentración aumenta la de los obreros urbanos. En la agricultura moderna, al igual que en la industria de las ciudades, el crecimiento de la productividad y el rendimiento superior del trabajo se adquieren al precio de la destrucción y la aniquilación de la fuerza de trabajo. Además, cada progreso de la agricultura capitalista es un progreso no sólo en el arte de explotar al trabajador, sino también en el de despojar el suelo. Cada progreso en el arte de acentuar su fertilidad durante un tiempo, un progreso en la ruina de sus recursos duraderos de fertilidad. Cuanto más se desarrolla un país, por ejemplo Estados Unidos, sobre la base de la gran industria, más rapidez presenta el desarrollo de ese proceso de destrucción.

Por consiguiente, la producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del proceso social al mismo tiempo que agota las dos fuentes de las cuales brota toda riqueza: la tierra y el trabajador."⁷

Marx descubre detrás de la producción de bienes en el mercado, con su alta eficacia, un proceso destructivo que lo acompaña, sin ser producto de la intención de los actores del mercado. Estos, al pretender una productividad siempre mayor, logran su alta eficacia a costa de una destrucción que socava al mismo proceso productivo. Al producir una riqueza siempre mayor, las fuentes de la producción de la riqueza son destruidas.

Adam Smith ya había visto el proceso de destrucción del hombre cuando explicaba que oferta y demanda deciden sobre la cantidad de hombres que pueden sobrevivir. Pero Smith no lo enfoca en su destructividad, sino solamente como fermento de la productividad de la economía capitalista. Tampoco da cuenta del hecho de que un proceso de destrucción parecido se lleva a cabo con la naturaleza. También la sobrevivencia de la naturaleza es algo que es decidido por oferta y demanda. Recién Marx lo introduce en el análisis, aunque todavía ni de lejos le da la importancia que hoy, en el siglo XX, ha llegado a tener.

De esta manera, Marx replantea la tesis del automatismo del mercado, que Adam Smith había formulado. También Marx ve el mercado como un automatismo, que permite una productividad nunca vista antes en la historia humana, y como un sistema

autorregulador, que crea un orden por el desorden, equilibrio por el desequilibrio. Orden y equilibrio son productos de una reacción constante en contra el desorden y el desequilibrio, que constantemente se reproducen en el mercado. Sin embargo, Marx descubre que los efectos de este automatismo socavan, también automáticamente, las fuentes de la riqueza, de las cuales dependen. El automatismo de mercado, según Marx, es por tanto una gran máquina autodestructora a largo plazo. Cuanto más riqueza crea, más destruye las fuentes de las riquezas: el hombre y la naturaleza.

Casi todo eso es simple ampliación del punto de vista elaborado por Adam Smith, aunque ahora dentro de un marco teórico más elaborado y sofisticado. Sin embargo, Marx ha añadido un elemento nuevo, que Smith ni sospechó. Me refiero a su tesis de un aumento acumulativo de la destructividad del capitalismo, que tendencialmente lleva a la catástrofe del sistema entero. No solamente analiza la destructividad del mercado en relación con su productividad, sino que llega al resultado de que esta destructividad aumenta con pasos más rápidos que la propia productividad. El sistema se transforma en un peligro para la misma sobrevivencia de la humanidad.

Marx formula esta tesis en sus leyes de tendencias, entre las cuales destaca la ley de la pauperización. Sostiene allí que por el hecho de que el mercado fragmenta todas las decisiones económicas, crea desequilibrios que desembocan en una pauperización de la población integrante del sistema capitalista, que tiene una tendencia automática a extenderse y a profundizarse. Al destruir a los hombres, expulsándolos de la división social del trabajo, desemboca en una tendencia a destruir siempre más. Por tanto, sostiene frente a Smith, que el sistema autorregulado del mercado no tiene estabilidad a largo plazo. Mientras Smith considera la muerte de los expulsados y sobrantes como el aceite de la máquina del mercado, Marx la considera como una destructividad del mercado, que se transforma en el origen de su socavamiento. Ambos parten del mismo fenómeno empírico de sacrificios humanos realizados en el altar del mercado, cuya fertilidad sacrificial consiste en la alta eficacia de la producción mercantil. Sin embargo, Smith los interpreta como

razón de una armonía social estable. De hecho, se inscribe en una sacrificialidad arcaica, y sus argumentos no son más que secularizaciones de los sacrificios humanos cometidos por la sociedad arcaica. Al enfrentarse Marx críticamente a eso, llama al capital un Moloc, uno de los Dioses antiguos que recibió sacrificios humanos. Marx, sin embargo, no condena solamente estos sacrificios humanos de la sociedad burguesa, sino que analiza sus efectos empíricos. Como resultado sostiene que su consecuencia es la autodestrucción de la sociedad burguesa, un resultado que es producto del automatismo del mercado.

Por eso, Marx no niega que existe un automatismo del mercado ni que el mercado sea un sistema autorregulado. En este sentido, acepta los argumentos de Adam Smith. Pero añade un elemento que cambia completamente el significado de este automatismo. Se trata de la destructividad acumulativa, que como resultado pone en peligro el mercado mismo. Por sus análisis hace ver que se trata de una destructividad autodestructora, y no de una simple destrucción de otros, cuya destrucción no repercute sobre el mercado mismo. Marx, por tanto, dirá que esta destructividad, que Smith ya imputa al mercado, es, en contra de la opinión de Adam Smith, destructiva para el mercado mismo. Según Marx, el mercado es un automatismo que automáticamente se socava a sí mismo y con él a la humanidad entera, al destruir las fuentes de las riquezas en cuya producción está empeñado.

En la época en que Marx desarrolla este análisis, interpreta adecuadamente lo que los pueblos europeos están viviendo. Viven la destructividad antihumana de la sociedad burguesa. Sin embargo, ya hacia el fin de la vida de Marx ocurren cambios, frente a los cuales los análisis de Marx parecen ser relativizados o refutados. Estos cambios ocurren en la propia sociedad burguesa. Por un lado, la crueldad desnuda del pensamiento de Smith choca con corrientes humanistas burguesas, que empiezan a oponerse a la aceptación de estas consecuencias del mercado por las sociedades europeas. Por otro lado, el impacto de los movimientos socialistas obliga a la burguesía a aceptar reformas económicas y sociales para amortiguar estos efectos. Aparece el reformismo de la sociedad burguesa y la

reformulación de la teoría económica en su forma neoclásica. En esta teoría se inspira el reformismo burgués.

Sustituye la armonía sacrificial de Adam Smith por una imaginación del mercado en términos de un equilibrio perfecto. Surge la teoría de la competencia perfecta, que describe a un mercado capaz de integrar a todos sus actores en un intercambio de iguales. Ya no se quiere recordar la armonía de Smith. En la visión de estos teóricos neoclásicos, Smith no es nada más que un precursor del pensamiento económico, no su fundador. Fundadores del pensamiento económico moderno se consideran ellos, que sostienen haber transformado la teoría económica en ciencia.⁸

Esta teoría de la competencia perfecta -o teoría general del equilibrio- es una construcción abstracta, que tiene pocos antecedentes en la teoría económica anterior. Sin embargo, uno de sus antecedentes es el modelo del Robinson, como fue usado por el pensamiento económico desde el siglo XVIII. Pero el modelo del equilibrio ya no se refiere a una sola persona en relación con su trabajo con la naturaleza, sino que es una especie de "Robinson social", una sociedad, en la cual todos los hombres como participantes del mercado actúan con una transparencia perfecta tal que el mercado permite en cada momento un equilibrio de todos sus componentes. Hablando con las palabras de Marx, se trata de la construcción de un mercado con una "coordinación *a priori*" de la división social del trabajo.

Para poder derivar este modelo de la competencia perfecta, se le introducen ciertos supuestos teóricos. El principal es el supuesto de un conocimiento perfecto de parte de todos los participantes del mercado. Por lo tanto se dice: si todos ellos tienen un conocimiento perfecto de todos los hechos que ocurren en el mercado, sus decisiones de consumo y producción llevarán la economía a un equilibrio en el cual toda decisión es óptima y ningún productor es expulsado.

Así, aparentemente, se ha concebido un equilibrio de mercado completamente humano, en el cual el mercado funciona sin pedir sacrificios humanos. El reformismo de la sociedad burguesa se inspira en esta imagen abstracta como utopía a la cual se quiere aproximar. Es la contraparte de la utopía de Marx, que

también concibe una "coordinación *a priori*" de la división social del trabajo, elaborando en esta línea su imagen igualmente abstracta del comunismo, al cual se trata de aproximar.

De esta utopía de la competencia perfecta, el reformismo burgués deriva las condiciones de la aproximación. Supone que la economía del mercado se aproximará tanto más a esta utopía, cuanto más asegure una competencia efectiva, acompañándola con reformas sociales que empujen a la integración de todos en el sistema de la división social de trabajo: reconocimiento de los sindicatos obreros, seguro social, y, a partir de Keyes, política de pleno empleo. Después de la segunda guerra mundial se incluye la política de desarrollo para los países subdesarrollados. Pero todo eso se entiende como política de aproximación al equilibrio del mercado, sin dudar jamás de que las metas se pueden conseguir dentro de los límites que el funcionamiento de mercados libres impone. Así aparece con el reformismo de la sociedad burguesa el intervencionismo estatal, que se autointerpreta como una actividad necesaria para que el mercado pueda encontrar sus metas descritas por la utopía de la competencia perfecta. Se habla del estado de bienestar.

Esta sociedad burguesa cree haber refutado la crítica del capitalismo que Marx había hecho. Parece que ya no hay pauperización creciente, sino más bien un bienestar compartido que se extiende a regiones del mundo siempre mayores. Es la situación de los años 50 y 60 del siglo XX. El mercado parecía ser un medio de compartir riquezas. La tesis de Marx sobre el carácter autodestructor del mercado ya no convence. Pero igualmente Adam Smith pierde su actualidad. El equilibrio de mercados parece haber vencido sobre su armonía sacrificial.

Eso repercute decisivamente sobre el pensamiento marxista posterior a Marx y sobre las sociedades socialistas. Dejan de fundar su actuación en la crítica del capitalismo que Marx había hecho. Más bien interpretan la planificación económica como algo superior al mercado, pero que sin embargo apunta en la misma dirección, en la cual el mercado empuja. En la Unión Soviética se habla de "alcanzar y superar a Estados Unidos". El mercado capitalista da las pautas hacia las cuales las propias sociedades socialistas se orientan. Capitalismo y socialismo

tienen una meta común, y cada cual trata de llegar con métodos distintos. No se contraponen la destructividad catastrófica del mercado con una sociedad alternativa, que ponga en equilibrio la humanidad con la naturaleza, sino mercado y plan.

Sin embargo, cuando el mercado da las metas por alcanzar, también el mercado es el mejor y hasta único camino para alcanzarlas. Si se quiere alcanzar a Estados Unidos, hay que hacerlo con métodos que usa Estados Unidos. Por tanto, los países socialistas entran en una crisis, de la cual difícilmente se recuperarán.

Pero, cuando la sociedad burguesa reformista llega a su cúspide a fines de los años 60, su imagen de sociedad sin sacrificios humanos -capitalismo con rostro humano- empieza a derrumbarse. Varias crisis anuncian los problemas.

En los países del centro aparece un desempleo frente al cual la política keynesiana de pleno empleo resulta ineficaz. Se habla ahora de *stagflación*. Aunque el presupuesto público haga una política de gastos, no se mejora la situación del empleo, sino sólo se refuerza el proceso inflacionario. *Stagnación* se junta con inflación: por eso se habla de *stagflación*.

Al mismo tiempo, resulta que la política de desarrollo, que se había seguido en América Latina y en otros países del Tercer Mundo, entra en un proceso de *stagnación*. Aunque sigan todavía tasas de crecimiento positivas, aumenta la parte de la población sin empleo. Toda la industria se convierte en un gran enclave. La crisis del desarrollo se hace visible con la deuda externa del Tercer Mundo. Aunque la deuda no es la causa de la crisis, sus efectos ahora la perpetúan.

Paralelamente aparece una crisis que pocos habían previsto unas décadas atrás. Se trata de la crisis del medio ambiente, que ahora empieza a amenazar la propia sobrevivencia de la humanidad entera. La tecnología, y su uso mercantil, resulta destructora para una naturaleza, cuya sobrevivencia es condición de la sobrevivencia humana.

Sin embargo, se trata de crisis a las cuales no corresponde una crisis del capital y del mercado. Los negocios van bien, la tasa de ganancia está subiendo. El carácter de la crisis ha cambiado en relación con las crisis cíclicas del siglo XIX. En las

crisis del siglo XIX, el aumento de las tasas de ganancias coincide con el aumento del empleo, y la crisis de la tasa de ganancia y su baja corresponde a una baja del desempleo. El desempleo y con él la pauperización, es cíclico. Hoy no ocurre eso. El desempleo, y la pauperización suben, pero la dinámica del mundo de los negocios y de la tasa de ganancias va en aumento también. Desde el punto de vista del capital no hay ninguna crisis. La crisis es de los circuitos de reproducción de la vida humana y de la naturaleza. Sin embargo, las tasas de ganancia suben, ellas no indican la crisis. La industria mundial se ha transformado en una isla o un archipiélago, una especie de enclave, que se desarrolla tanto mejor cuanto peor les va a los otros. La destrucción de los hombres y de la naturaleza coincide con altas ganancias. Hoy es mucho más visible el hecho de que las tasas de ganancia suben en el grado en el cual el futuro de la humanidad es destruido. Destruir la naturaleza, destruir el desarrollo del Tercer Mundo, da ganancias más altas que cuidarlos. Tasas de ganancia y sobrevivencia de la humanidad entran siempre más visiblemente en contradicción. El camino de la maximización de las ganancias resulta un camino a la muerte de la humanidad.

Por eso decae el optimismo de la sociedad de bienestar durante los años 70. El desarrollo de los países subdesarrollados se estanca y la destrucción progresiva de la naturaleza es siempre más obvia. Mientras ya desde la década de los 60 se había hablado en los países del Tercer Mundo de la necesidad de medidas para asegurar el desarrollo que vayan más allá de la vigencia de la sociedad capitalista, aparecen ahora análisis preocupantes de la crisis del medio ambiente. En 1972 se publica "Límites del crecimiento" del Club de Roma. Durante los años 70, el presidente Carter promueve en Estados Unidos una evaluación del medio ambiente mundial que desemboca en el informe "Global 2000", que confirma la preocupación del Club de Roma. Sin embargo, resulta ahora que las medidas van a tener efectos estructurales profundos sobre el sistema económico.

Por primera vez en su historia, la sociedad burguesa enfrenta abiertamente crisis que ya no pueden ser tratadas como simple política de reformas en los límites vigentes del libre juego de

mercados. El reformismo burgués frente a estas metas -política del desarrollo y política del medio ambiente- desemboca en una crítica de la sociedad burguesa misma. No efectúa esta crítica, pero esta sociedad está visiblemente expuesta a ella. Tanto el desarrollo como el medio ambiente exigen medidas de coordinación del mismo aparato tecnológico, que no pueden ser tomadas de la lógica misma de los mercados. Tienen que ser medidas que dirijan la tecnología *antes* de ser usada mercantilmente.

Es la vuelta de la crítica del capitalismo de Marx. Efectivamente, el mercado ha resultado ser un automatismo que, al producir la riqueza, destruye progresivamente las fuentes de todas las riquezas: el hombre y la naturaleza. Destruye la naturaleza por sus propios mecanismos y, al destruir a los hombres, destruye más todavía a la naturaleza. Porque los hombres expulsados de la división social del trabajo y condenados a la pauperización tratan de salvarse destruyendo más todavía a la naturaleza .

Vuelven las leyes de tendencia de Marx, que efectivamente pueden interpretar lo que ocurre ahora. El efecto destructor y sacrificial del automatismo del mercado, que ya Adam Smith había demostrado, resulta realmente acumulativo y ascendente, como Marx lo había sostenido. Hoy podemos ver eso con mucho más intensidad de lo que era posible en el siglo XIX. Tenemos imágenes de este tipo que aparecen frecuentemente. Se habla de que son cinco minutos para las doce. Se habla de una bomba de tiempo. Pero se habla también de un deterioro acumulativo de la destrucción, sobre todo de la naturaleza, que se acerca a un punto de no retorno, a partir del cual el colapso de la vida ya no es reversible.

Dennis Meadow, el coordinador del estudio del Club de Roma sobre los "Límites del crecimiento", respondió en una entrevista a la pregunta de si no querría realizar hoy un estudio de repercusiones parecidas:

"Suficiente tiempo he tratado de ser un evangelista global, y he tenido que aprender que no puedo cambiar el mundo. Además, la humanidad se comporta como un suicida, y ya no tiene sentido argumentar con un suicida una vez que haya saltado de la ventana."⁹

EL CAPITALISMO SALVAJE

En los años setenta de este siglo, el reformismo burgués llegó a su límite. Los problemas del desempleo estructural en los centros, de la frustración de la política de desarrollo en el Tercer Mundo y de la crisis del medio ambiente no podían ser solucionados con los métodos tradicionales que había empleado. Si se hubiera querido solucionarlos, se tendrían que haber tomado medidas que iban a chocar con principios sagrados de la sociedad burguesa, en especial el principio según el cual el mercado y sus leyes son última y más alta referencia de cualquier política económica. Aparecía ahora la necesidad de un nuevo orden económico y de un orden ecológico al nivel de la economía mundial. El mercado mundial necesitaba un marco que lo canalizara en los límites de una racionalidad económica que le impusiera el respeto por las condiciones de la reproducción tanto de los seres humanos como de la naturaleza.

Para la burguesía era un desafío y una provocación. Tendría que haber enfocado un problema que las sociedades socialistas no habían solucionado y en parte ni notado, a pesar de que tendrían que haber sido ellos los que promovieran una solución. Pero la provocación consistía en el hecho de que solamente podían enfrentar este desafío cambiando sus propias estructuras para adecuarlas a la solución de estos problemas fundamentales.

Sin embargo, en vez de eso, la sociedad burguesa hizo una vuelta completa. En vez de enfocar los problemas, los negó. Cuando Reagan en 1980 sube a la presidencia de Estados Unidos, hace una política de "tabula rasa". Frente al desempleo estructural, opta por el debilitamiento y hasta la destrucción de los sindicatos obreros y de la política de empleo. Frente a la crisis de la política del desarrollo, opta por la supresión y paralización del desarrollo del Tercer Mundo, y frente a la crisis del medio ambiente, cierra simplemente los ojos. Empieza una de las décadas más agresivas y destructores de la historia del capitalismo.

Vuelve el capitalismo salvaje. El debilitamiento de los sindicatos se logra muy rápido. En los países de América Latina se

pasa por períodos de un terrorismo de Estado incontenible. La supresión del desarrollo de los países subdesarrollados se logra por la política del cobro de la deuda externa del Tercer Mundo, que destruye en gran parte hasta lo logrado por la política del desarrollo de los años 50 y 60. En cuanto al medio ambiente, se abren todos los canales de destrucción sin plantear ni una medida de limitación, excepto en el interior de los países del centro mismos. Nunca se ha destruído tan despiadadamente a la naturaleza como en esta década de los 80, que sigue precisamente a la década en la cual, con los Límites del Crecimiento del Club de Roma y con Global 2000, se había llamado poderosamente la atención sobre el fenómeno.

Ha aparecido una burguesía salvaje que se lanza a la destrucción sin aceptar siquiera argumentos. Un capitalismo frenético se vuelve en contra de las riquezas del planeta en el grado en el cual todavía siguen existiendo. Y cuanto más aparece la crisis del socialismo, más salvaje resulta el capitalismo.

Este capitalismo aparece en nombre del antiintervencionismo estatal, del antirreformismo y de la denuncia y persecución de los movimientos populares. Es un capitalismo desnudo, que llega al poder total y lo usa con arbitrariedad ilimitada. Transforma a la sociedad burguesa en una sociedad militarista que impone sus puntos de vista en todas partes por la violencia militar y policial. Su antiintervencionismo, por ser una defensa del mercado desnudo sin ningún límite, se transforma en violencia sin límite. El terrorismo estatal es su instrumento imprescindible. Donde sea necesario, instala los regímenes totalitarios de la Seguridad Nacional.

Este capitalismo salvaje vuelve a encontrar a Adam Smith como su clásico y lo celebra como su fundador. Descarta a los teóricos del reformismo burgués, desde John Stuart Mill y Marshall hasta Keynes. Su desnudez la defiende en nombre de la "mano invisible".

Sin embargo, ya no se puede volver tan simplemente a Adam Smith. Smith vive en un mundo muy diferente. Es un mundo que no conoce todavía los efectos acumulativos de la destructividad del automatismo del mercado. Smith cree en un mundo en el cual la eliminación de hombres por oferta y demanda en

los mercados no es más que un sacrificio que fertiliza la sociedad capitalista. Pero desde Smith hasta hoy, pasando por Marx como su autor principal, la percepción del carácter acumulativo de esta destructividad se ha hecho presente. El mundo imaginario semi-arcaico de Smith ha desaparecido. El mercado hoy contiene visiblemente un automatismo autodestructor. Por eso, la simple referencia a la mano invisible de Adam Smith ya no resulta suficiente en el mundo de hoy.

Hoy tenemos que ver no solamente con la muerte de algunos, sino con la tendencia a la muerte de toda una humanidad. Para poder sostener este su capitalismo salvaje, la sociedad burguesa tiene que asumir esta tendencia. Ella pasa hoy a la necesidad de un heroísmo del suicidio colectivo de la humanidad.

Convencida de la crítica del capitalismo de Marx, opta no por la vida en respuesta al mercado, sino por la mística de la muerte. En el suicidio colectivo esta mística se transforma en proyecto. Marx jamás previó esta posibilidad. Con su optimismo del siglo XIX, está seguro de que al revelar la tendencia destructora del automatismo del mercado, la reacción humana será directamente y sin rodeos en favor de una alternativa. Pero resultó no ser así. El proyecto del heroísmo del suicidio colectivo resulta muy tentador. El nazismo alemán ha sido el primer caso de un pueblo que mayoritariamente se emborrachó con este tipo de heroísmo.

LA VUELTA DE MARX

La crítica del capitalismo de parte de Marx posiblemente nunca haya tenido la actualidad que hoy tiene. Marx está volviendo con sus tesis principales, que mucho tiempo el mismo marxismo no las ha tomado muy en serio. Sin embargo, la misma realidad se ha desarrollado en la dirección que Marx previó. Por tanto, confirma hoy sus tesis con mucho más fuerza de convicción que hace un siglo.

Marx vuelve. Pero vuelve como clásico, ya no como una autoridad que habla directamente desde los problemas del

mundo actual hacia nosotros. Marx como clásico ha desarrollado los fundamentos de una crítica que es necesario seguir, si se quiere un futuro para la humanidad.

NOTAS

¹ "Ninguno, por lo general se propone originariamente promover el interés público, y acaso ni aún conoce cómo lo fomenta cuando no abriga tal propósito. Cuando prefiere la industria doméstica a la extranjera, sólo medita su propia seguridad, y cuando dirigen la primera de forma de que su producto sea del mayor valor posible, sólo piensa en su ganancia propia; pero en éste y en otros muchos casos es conducido, como por una mano invisible, a promover un fin que nunca tuvo parte en su intención." Smith, Adam: *La riqueza de las Naciones*. Editorial Bosch, Barcelona, 1983. Reproducida por UACA, San José, Costa Rica, 1986. Libro IV, Cap. II, Sección I, Tomo II, p. 191.

² Max Weber lo afirma: "Este fenómeno: el que una orientación por la *situación de intereses escuetos*, tanto propios como ajenos, produzca efectos análogos a los que se piensa obtener coactivamente -muchas veces sin resultado- por una ordenación normativa, atrajo mucho la atención, sobre todo en el dominio de la economía; es más, fue precisamente una de las fuentes del nacimiento de la ciencia económica." Conceptos sociológicos fundamentales. §4. Weber, Max: *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México, 1944. p24.

³ "No de la benevolencia del carnicero, del vinatero, del panadero, sino de sus miras al interés propio es de quien esperamos y debemos esperar nuestro alimento. No imploramos su humanidad, sino acudimos a su amor propio; nunca les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas". Smith, *op.cit.* Libro I, Capítulo II, San José 1986, Tomo I, p.54.

⁴ Smith, *op.cit.* Libro I, Cap. VIII: De los salarios del trabajo. Sección II. Tomo I, p.124.

⁵ *El Mercurio*, 19-4-81, Santiago de Chile. Entrevista. Hayek concede esta entrevista con la ocasión de su visita a Chile para participar en un congreso de la sociedad de Mont Pellerin.

⁶ Marx, Carlos: *El capital*. I. Tomo. Cartago. Buenos Aires 1974. p 349.

⁷ Marx, Carlos: *El capital*. I.Tomo. Cartago. Buenos Aires 1974. .p. 482/483.

⁸ ver: Assmann, Hugo/Hikelammert, Franz J.: *A Idolatria do Mercado. Ensaio sobre Economia e Teologia*. Vozes. Sao Paulo, 1989.

⁹ *Der Spiegel*. Nr. 29/1989. p118.